

vas. ¿Qué nos dice de la segunda? Que Dios desde el principio instituyó la union conyugal; que el hombre no puede separar lo que Dios ha unido; que, un solo caso exceptuado, no es lícito al hombre separarse de la compañera que él mismo ha escogido. Hé aquí, amados míos, las leyes de la estirpe humana, en las que estriba su número, peso y medida. No se observen estas leyes, porque el hombre es libre para despreciarlas, y la humanidad quedará sin equilibrio. Digámoslo, pues, en dos palabras: la humanidad no puede existir armoniosamente sino basada en la castidad íntegra y en la continencia saludable. La una abraza á todos los hombres en general, y la otra á los que dieron su mano á la que fuera criada por Dios para que ayudase y acompañase al hombre. Unidad de pensamientos, unidad de acción, unidad de objeto han de identificar á dos seres distintos, para que secunden con su union las miras del Criador, dando nuevos individuos á la humanidad, á quienes transmitan su nombre, su sangre, su herencia, y mucho más la Religión que del cielo recibieran.

Prescindamos, si se quiere, por unos momentos de estas leyes que acompañan á la libertad y la señalan límites; rompamos el valladar que debe sostener el peso de unos agentes entregados á continuas oscilaciones, á las cuales les conduce la libertad de obrar. ¿En qué caos no se precipita la humanidad? ¿Qué mano tan sabia y próspera no es necesaria para restituirla su equilibrio perdido? Sin las leyes de la continencia y castidad, la sociedad humana sería una horda de bandidos, y para huir de sus atrocidades menester fuera retirarse á las cavernas de los montes y vivir entre fieras. ¡Ah! Horror causa el decirlo: si todos los seres humanos fuesen hijos de la disolucion, ¿en dónde residirían los principios de amor fraternal, de equidad y justicia que unen á los hombres entre sí? Si nada hubiese de sagrado en la union del hombre y la mujer; si quisiesen todos asimilarse á los brutos en la vida

animal, sin que tuviese parte en nuestras acciones la Religión y la razón, se cumpliría literalmente el principio que quisiera establecer en el siglo pasado un filósofo cínico, según el cual, ni la madre debiera amar á su hijo sino en su lactancia, ni éste debiera conservar hacia ella amor y gratitud, sino que ambos podrían devorarse mutuamente. Horrible, repito, es esta idea, pues no la vemos jamás realizada aún entre los sanguinarios tigres. Sin embargo, este horrendo ideal se ve practicado entre hombres cuando, abusando de su libertad, no guardan los preceptos divinos sobre la castidad y la continencia. Estad atentos á lo que voy á deciros:

Si yo os pregunto en este momento si habeis tenido un progenitor, todos me direis que sí. Pero esta respuesta, ¿acaso ha sido siempre y en todos los instantes de vuestra vida la consecuencia del discurso? ¿Os la suministra acaso el raciocinio, que nos demuestra que no hay efecto sin causa, hijo sin padre? No; es la consecuencia de lo que habeis visto y palpado: cada cuál tiene bien presentes aquellos dias felices de la infancia en que un padre tierno tenía todo su goce en abrazar á su hijo, á pesar de las revoltosas pasiones, tenemos impresas siempre aquellas miradas severas que nos dirigieran cuando á medida que íbamos progresando en la carrera de la vida, manifestábamos las perversas inclinaciones de nuestra índole corrompida. Si nuestro padre transmigró á la region de la eternidad en el primer lustro de nuestra existencia, nos quedó una tierna madre, cuya voz, entrecortada con sollozos, nos enseñaba que allá en triste tumba yacía el autor de nuestros dias, y nos inspiraba respeto y amor hacia aquellas cenizas venerables. En sus continuas lecciones, mezcladas de dulzura y de rigor, aprendimos á tener sentimientos de honor y probidad. Entónces se nos inculcaba que el fundamento de todo bien era el temor de Dios; que debíamos á nuestros ma-

yores respeto y veneracion, á los iguales amor y cordialidad, impregnándose nuestro espíritu en todos los principios fundamentales de Religion y sociedad; pero de tal modo, que nuestros sentidos eran los órganos de estas ideas; el cuidado y vigilancia de nuestros padres era el medio de adquirirlas; su mano, á las veces blanda, á las veces dura, era el sello que caracterizaba en nosotros de un modo estable las grandes ideas que forman la moralidad individual y son parte de la universal. Es, pues, evidente que la idea que tenemos de deber nuestra existencia á nuestros padres, primero la percibimos por los sentidos, luégo advertimos sus sensaciones en nuestro corazón, y despues pasó á radicarse en nuestro espíritu. Educados desde nuestra infancia en esta escuela paternal de cariño y de rigor, de consejos y de reprensiones, nos acostumbamos insensiblemente á no advertir en la union de nuestros padres nada que no fuese sagrado y honesto; y esto contribuia á muchas cosas: primera, á no sospechar jamás que en el tálamo sagrado hubiese manchas de infidelidad; segunda, á persuadirnos que de unos padres llenos de honor y probidad, debian salir hijos adornados de los mismos sentimientos. ¡Ah! Si alguno ha intentado alguna vez manchar con su viperina lengua la memoria de vuestros padres, ¿no habeis visto cómo saltaba vuestro corazón? ¿No habeis sentido bullir en torno de él vuestra sangre, calentarse é inflamarse? ¿No habeis tapado la boca del maldiciente, poniendo en buen lugar el honor de vuestros ascendientes? ¿No habeis dirigido en aquel momento una mirada de ternura hácia el frio mármol que encierra sus preciosos restos? Sí; el amor hácia los padres tiene algo de sagrado y divino; es una especie de culto y adoracion, cuya violacion no puede permitir nuestro corazón. Y yo no creo que haya hombre alguno que vea á sangre fria la profanacion de este amor religioso sin conmoverse; y si no

siente en sí estos efectos, es sin duda por pertenecer á esa escuela de filósofos cuyos dogmas han formado hijos desnaturalizados.

No lo dudemos, pues: siendo el hombre un compuesto de espíritu y de cuerpo, sabe más por lo que ve que por lo que discurre en sus primeros años, y necesita de una práctica continua para aprender los principios religiosos y morales. Por eso Dios instituyó la union conyugal, para que fuese una sociedad visible y permanente, en la cual, mediante las relaciones entre esposo y esposa, entre padres é hijos, se perpetuasen de generacion en generacion las bases de la sociedad. Si un amor casto fuese el lazo de los conyugados; si se diese á los hijos la educacion consecuente á esta union santa; si los hombres no imitasen á los brutos en sus licenciosos extravíos, ¿quién lo duda? la humanidad se conservaria siempre en un perfecto nivel. La mano fuerte del cielo no se veria á cada paso obligada á sepultar entre ruinas los demasados incrementos de aquélla, ocasionados por el hombre brutal.

Examinemos ahora lo que pasa en medio del mundo carnal. Contemplemos en el punto de vista más fausto á los infelices hombres, oriundos de una union prohibida por Dios, á los desgraciados vástagos de las pasiones. Ved á esa jóven inmodesta, de cuyos pechos pende un niño tierno. ¡La desgraciada! En medio de sus excesos, se ha acordado que tenía entrañas de madre, y ha querido alimentar con su leche, sostener en su regazo, y cuidar como cosa propia al fruto de su pecado. Vedla, repito; bien pudiera brillar como un lucero por su hermosura; bien pudiera ser hija de príncipes; bien pudiera hallarse enriquecida por la fortuna, que al fin su hermosa frente no tiene aspecto sereno, sus dotes y riquezas no la dan realce alguno, por haber perdido su tesoro inestimable. La joya única con que Dios la enriqueciera; no tiene honor. ¿Qué

aprenderá el hijo que tiene en sus brazos? ¿La probidad? ¿El honor? ¿La Religion? No; una vez roto el vallado del pudor; una vez entregada la mujer en los brazos del hombre licencioso, no crea que éste la profese un amor verdadero; porque el amor verdadero es casto, y el amor casto no puede tener origen en el pecado. Mil veces volverá el disoluto á revolcarse en la inmundicia carnal; si ella consiente, se endurece más y más en las abominaciones, y el fruto de sus entrañas, léjos de llamar la atención del cómplice, es mirado con indiferencia, porque él no busca sino donde saciar su hambre voluptuosa, imitando á las aves amigas de cadáveres. ¿Qué aprenderán unos hijos que no vieran en sus progenitores sino disolucion? ¿De qué servirán á la humanidad unos seres que no saben cómo vinieran al mundo, y si no lo ignoran, no pueden decirlo sin llenarse de rubor? De carga insoportable, de objeto de sus rigurosas leyes contra los criminales. De uniones semejantes sale el hombre sin amor, el hombre irreligioso, porque no habiendo visto en sus progenitores la modestia, no pudo aprender sino la disolucion. De ahí los bandidos; de ahí los revoltosos; de ahí, por fin, aquellos para cuya represion es fuerza que esté siempre en accion la justicia humana. Hé aquí la posicion más ventajosa de los frutos del pecado.

Contempladlos en otra; entrad por un momento en esos asilos de beneficencia que la Religion ha erigido para conservar el nivel de la humanidad, perdido por abusar el hombre de su libertad. ¿Qué vemos? Una prodigiosa reunion de niños y jóvenes sin hogar, sin techo, sin ascendientes. Preguntad al primero que encontréis si tiene padre, y os dirá que no. Decidle si tiene madre, y os dirá que no lo sabe. Sin embargo, sabemos que tuvo un autor de sus dias; pero éste fué un libertino que prostituyó á una inocente, ó un adúltero que faltó á la fidelidad. Mas como no tenian amor casto y religioso, mi-

raron el fruto de sus voluptuosidades con ménos cariño que mira á sus hijos el leopardo de la Numidia. Tienen madre; mas ésta, despues de haber violado las leyes divinas y conculcado las humanas, despues de haber consumado el crimen, se revistió de corazon de fiera, y no mirando en su hijo sino el colmo de su deshonra, lo abandonó, lo expuso á la inclemencia de los elementos, donde permaneció hasta que la Religion encontró á la víctima de la inmoralidad, le estrechó en su seno, le proporcionó un asilo donde su vida se conservase, y aprendiese bajo la direccion de almas heróicas lo que no pudiera saber jamás, por no tener ni familia, ni relaciones sociales, ni techo, ni hogar. ¡Ah! ¿No son los frutos de la lujuria los que movieron el corazon de Vicente de Paul á erigir los monumentos de piedad? ¿No son estos niños desafortunados los que él encontraba transidos de frio, macilentos por el hambre, y privados hasta de aquella hermosura y gracia inocente que lleva en su rostro el niño, ora haya nacido en cuna de Reyes, ora en chozas de zagales? ¿No son éstos los que llaman la atención del sacerdote católico en las remotas regiones del Oriente, donde ninguna ley existe para la continencia y castidad, al paso que otra ley bárbara autoriza el infanticidio? Y si la Religion no hubiese enseñado al hombre á conocer su propia dignidad; si no nos hubiese inculcado en la infalible verdad de que la vida de un sólo hombre es más preciosa que la existencia de todos los seres visibles juntos; si esta verdad no hubiese echado hondas raices áun entre la sociedad voluptuosa de nuestra época, ¿quién no lo ve? el puñal se cebaria en miles de víctimas, cuyo único crimen es ser hijos de padres criminales, y veríamos realizada entre los hombres la conducta del cocodrilo, que, despues de haber dado á luz sus fetos, los... ¡Ah! Esta accion es demasiado horrenda para que mi lengua pueda concluir su descripcion, atribuyéndolo á

los que no deben obrar por un ciego instinto, sino segun las impresiones del amor puro y racional.

He presentado estos funestos resultados de la incontinencia en una escala pequeña; extendedlos á un círculo mayor, y ciertamente tendreis que cubrir la vista con un velo espeso para no ver tantos horrores. Sin la continencia saludable que liga á los hombres en el matrimonio; sin la castidad que contiene á todos en general, ¡ay de la humanidad! No existiendo las leyes y relaciones de amor y caridad, no debiendo satisfacer el hombre más que los deseos de su carne, independientemente de toda traba legal, hubieran desaparecido todas las trabazones que ligan y sostienen el edificio social; entónces, ni tuviéramos que admirarnos del heroísmo de aquellos que mil veces expusieron su vida por salvar á sus hermanos, ni hubieran merecido encomios los que con instituciones sábias procuraron á las naciones una dicha estable; vagabundos los hombres, sin conocerse mútuamente los padres y los hijos, las selvas fueran el receptáculo de los hijos de Adán; entónces, no existieran las naciones con sus hazañas, los pueblos con sus glorias, con sus reyes, con sus sabios y sus héroes, ni las fértiles campiñas cultivadas por nuestra mano absorberian la ingeniosa imaginacion del poeta, ni las grandes ciudades atraerian con sus encantos; la naturaleza no tendria vida ni animacion para unos séres errantes, estúpidos, misántropos, que no conservarían de hombre más que la figura exterior, y un alma voluptuosa, feroz, indomable y sanguinaria; entónces Cain fuera el modelo de los hermanos, Nemrod, Jezabel y Atalía, el de los príncipes; Absalon, el de los hijos; Aquitofel, el de los consejeros, y Judas, el de los amigos; entónces, por fin, no pudiera subsistir la humanidad por falta de equilibrio.

Reasumamos, pues, y concluyamos: el hombre está sujeto á leyes, tanto en lo físico como en lo moral; siendo

racional, no podia Dios ordenar que creciese y se multiplicase sino conforme á razon; esta conformidad con la razon está en la santidad del matrimonio con la continencia saludable; santidad y continencia que no tendria lugar si todos los hombres no fueran obligados á ser castos. Comparemos las naciones que tienen costumbres con las que no conocen la moralidad, y por todas partes nos saltará á la vista una verdad, á saber: que los voluptuosos no aspiran jamás al enlace conyugal; y si lo realizan alguna vez, violan á cada paso sus leyes, porque la experiencia nos enseña que el impúdico por costumbre no cesa de serlo en ningun estado. Oid, pues, ¡oh jóvenes! Cuantas veces os digan los incrédulos que la castidad es perjudicial á la propagacion del género humano, entended que sus palabras y dogmas no tienen otro objeto que el establecer en la tierra el celibato criminal, que ellos profesáran, para poder vivir como el caballo sin freno, y negado de raciocinio; sabed que con argumentos especiosos, rebozados entre cavilidades y sofismas, pretenden solidar el concubinage universal, proscrito por Dios desde la creacion, como repugnante á la razon y destructor de la humanidad.

¡Dios Santo! Renovad con vuestra luz á la presente generacion; inspirad á los hombres ideas sublimes, para que no descíendan de su noble posicion, ni quieran nivelarse con los brutos. Dadnos á todos un corazon lleno de castos deseos, para que seamos dichosos en esta vida, y más felices en la otra, que deseo á todos. Amen.

---